

# LECCIONES

## I

La Familia, el Municipio y el Estado ante la Libertad de Enseñanza

**POR D. DOMINGO MIRAL**

Catedrático de la Universidad de Zaragoza

SEÑORES:

Celebrais estos actos en un momento solemne para vuestro pueblo, tal vez, en el momento más solemne de toda vuestra historia.

La situación actual de España reclama vuestro auxilio con voces angustiosas; la descomposición del régimen político, que hemos padecido durante más de un siglo, toca a su término y no ha sabido aprovechar las circunstancias favorables de estos últimos años para fomentar, encauzar y armonizar las poderosas reservas, acumuladas en las entrañas de la sociedad española.

Ha vivido de espaldas a la realidad, ha distraído en luchas estériles las energías de los hombres más despiertos y, atento exclusivamente a los mezquinos intereses de una política ciega, baja y rastrera, ha perdido la noción del tiempo, ha olvidado los intereses de la patria y ha dejado en el mayor abandono todas aquellas fuerzas económicas y sociales, que, bien encauzadas y enlazadas, hubieran podido renovar los cimientos de nuestra futura grandeza.

La salud de España exige la rápida inhumación de esos restos putrefactos, cuyo hedor nos molesta lo suficiente para que no podamos pensar en los graves peligros, que amenazan la dignidad e independencia de la patria.

Somos en el orden intelectual una colonia y se está trabajando para que lo seamos también en el orden económico. Numerosos factores de fuerza, de conquista y de progreso van surcando los ámbitos de España y tendiendo sobre ella un ejército de invasores, una red de empresas, entre cuyas mallas van quedando prisioneros los ideales, los intereses y la conciencia de la raza.

Pueblo que vive de precario en el orden intelectual y en el económico, es pueblo muerto, que ha perdido ya su dignidad e independencia política, y pueblo, que desaparece como factor vivo del campo de la historia, porque la vida es lucha y no lucha quien no tiene un ideal y no puede tener un ideal el que tiene una cultura exótica y de importación, porque tácita o expresamente ha delegado en otros la facultad de concebir, de engendrar y de pensar.

El cerebro y el corazón de las regiones españolas están paralizados por el estupor, que les ha producido la súbita aparición del problema social, para el cual no tenían la menor preparación, distraídas como estaban por la vana charlatanería de los políticos, que pretendían reconcentrar toda la vida nacional alrededor de las urnas electorales y de los presupuestos del Estado.

No tienen rutas ideales, porque su cerebro paralítico no puede trazarlas y aunque las tuvieran no podrían recorrerlas por falta de impulso y de pasión. A estas alturas nuestros políticos piensan unicamente en reconstruir el carcomido andamiaje de los partidos turnantes y en buscar el modo de infundir un poco de savia a las compañías ferroviarias,

pesadumbre de nuestra economía, dique, que contiene nuestro progreso, obstáculo para nuestra independencia y mancha de nuestro decoro nacional.

En los momentos actuales sólo dos regiones españolas sienten inquietudes ideales, anhelos de cultura y ansias de renovación; son el país vasco-navarro y Cataluña. En ambas se producen a veces estridencias y se adoptan actitudes de rebeldía, que hieren el corazón de los que han llegado a comprender la noble misión, que España ha cumplido en el mundo y la que puede cumplir todavía.

Nuestros minúsculos estadistas atribuyen esas rebeldías y esas estridencias a la ambición, al odio, al despecho y a la ceguera mental, únicos móviles que están al alcance de su menguada inteligencia y no llegan a comprender que eso, que llaman ellos separatismo, es el producto, el resultado natural de un amor y de un dolor: del amor a la tierra de nuestros padres y del dolor, que nos causan la podredumbre y la impenitencia de nuestros gobernantes.

No comprenden la fuerza del primero ni la eficacia purificadora del segundo y en lugar de aprovechar el amor y de buscar la redención por el dolor, levantan una plataforma, la cubren de percalina, colocan sobre ella unos cuantos histriones, provistos de bombos y platillos, de trompas y cornetines, y les confían la misión de imponer el patriotismo a voces y a golpes de platillos, sin darse cuenta de que el amor fecundo no se traduce en palabras sino en obras y que profanan el nombre de la patria los que la invocan con los labios, mientras la desgarran con sus ambiciones y la cubren de heridas con las saetas envenenadas de su corazón.

No soy ni he sido nunca separatista; pero, al contemplar el paisaje dantesco de las selvas de mi país y ver como por la falta de un miserable camino vecinal, que los pueblos no pueden construir, porque les ha dejado exangües la rapacidad insaciable del fisco, mueren y se reducen a polvo aquellos árboles gigantes y seculares, he pensado muchas veces, sin que mis sentimientos cristianos lograran evitarlo, que aún pudiera acentuarse su siniestra y trágica silueta, si aparecieran pendientes de sus brazos los políticos causantes de tanta desolación y ruina.

Solo Cataluña y el país vasco-navarro agitan y remueven su conciencia para el alumbramiento de un ideal, que marque la ruta de sus pueblos y les dé unidad, vigor y fortaleza.

El brío y la pujanza del patriotismo catalán no se detienen a pesar de las convulsiones, que estremecen los fundamentos y las entrañas vitales de su raza; el problema social no tiene entre vosotros los caracteres de violencia, que ha adquirido en Cataluña y eso os permite afrontar con mayor denuedo la magna empresa de crear y proporcionaros el órgano de cultura, que no hallareis jamás en los centros oficiales.

La tiranía del Estado docente, una de las mayores necesidades, elevadas a la categoría de dogma, tiene anquilosado y paralítico vuestro espíritu y os convierte en una raza enigmática, en una verdadera esfinge, que nos revela con su presencia la nobleza y hermosura de sus formas corpóreas, la potencia de sus garras y los músculos acerados de sus brazos, pero ni nosotros podemos saber ni vosotros podeis demostrar cual es la potencia creadora de vuestro cerebro ni la fuerza expansiva de vuestro corazón.

Conocemos el perfil, la silueta y la belleza de vuestro cuerpo, pero no podemos averiguar el contenido y la esencia de vuestro espíritu. Y ha llegado el momento de saber y para vosotros, la obligación ineludible de demostrar, si únicamente sois capaces de emular al bárbaro Cresos, acumulando tesoros, o sois también capaces de seguir las huellas de Pericles, levantando la antorcha de un ideal, que inmortalice a Atenas, erigiéndola en maestra de la humanidad.

Bárbaros os llaman algunos de vuestros hermanos y hace falta saber, si tienen razón, o es que el genio de vuestra raza no ha podido desplegar libremente sus alas, por tenerle encadenado a las tinieblas las férreas ligaduras de la tiranía docente oficial.

Todas las ilustres personalidades, que por esta tribuna van desfilando estos días, no bastan para darnos una idea de la potencia creadora de vuestro espíritu. Los frutos de su ingenio, por muy sabrosos y abundantes que sean, no se han alimentado con la savia de vuestra raza; son el producto de plantas exóticas, trasplantadas a otro suelo y a otro clima y nutridas con substancia extraña. Sirven para dar una gallarda muestra de su resistencia, de sus facultades de adaptación y de su potencia asimiladora, pero, no son productos auténticamente indígenas, ni tienen la substancia, el sabor, el aroma y la fortaleza que podrían darles, que seguramente les darian los efluvios de nuestro espíritu y el hierro de vuestras montañas.

Sois ricos y estais bien administrados o, por lo menos, mucho mejor administrados que las demás regiones españolas; conoceis el mecanismo y los misterios de las altas especulaciones financieras; sois audaces y aventureros y, como si quisierais vengaros de las mil incursiones, que a vuestro país hicieron en son de conquista los guerreros de la meseta castellana, habeis invertido los términos y ahora sois vosotros los conquistadores, los que vais tendiendo las redes de vuestras empresas por todo el territorio de la península.

En las orillas inquietas y bravas de vuestro mar habeis hecho surgir, como por arte de magia, un emporio, que puede codearse con todos los emporios del mundo y que, juntamente con el mediterráneo de Barcelona, ostenta honrosamente la representación de España en el mundo de la banca, de la industria y del comercio. Habeis convertido vuestra modesta y sencilla Easo, semipescadora y semicampesina, en una majestuosa matrona, que da el tono y reina, como sultana, en el mundo de la urbanidad, de la cortesanía, de los refinamientos y de las elegancias y habeis sabido conservar en esta Iruña, un poco adusta y severa, pero noble y generosa, el espíritu prócer, ardoroso y guerrero de vuestros antepasados.

Con la espada en la mano habeis afirmado ante la historia vuestro derecho a la vida; surcando los mares, cultivando la tierra y perforando las montañas, habeis afirmado soberbamente vuestra capacidad económica y enlazando por maravillosa manera las bellezas de la naturaleza y la hermosura de un arte sin oropel ni hojarasca, habeis sabido crear la capital aristocrática del buen gusto y del refinamiento urbanos.

Os falta coronar la empresa, acometer la más alta hazaña, que puede realizar un pueblo, añadir el más hermoso florón a la diadema, que ciñe vuestras sienes; os falta levantar un templo al genio demiúrgico de vuestra raza con una pila, en que se conserven los óleos, que han de ungir las frentes de vuestros sabios, con una patena, sobre la cual se tienda el pan eucarístico de vuestra raza, con una antorcha, que alumbre hasta los más oscuros rincones de vuestras almas, y con un altar, en cuya ara depositéis las ofrendas a los manes de vuestros antepasados.

Necesitáis una escuela integral, que sea a un mismo tiempo santuario, alcázar y oficina de la raza, casa sagrada de Euskeria, que comprenda en una sola todas las jerarquías ficticias, en que la ignorancia y el espíritu exóticamente simiesco de las oligarquías centralistas han desgarrado el monstruoso organismo de la enseñanza actual; una escuela, que, sin bruscos ni peligrosos saltos, sin solución de continuidad, abarque la formación de vuestro espíritu desde la infancia hasta la plenitud de la vida; desde que por vez primera abre sus ojos a la luz de la sabiduría hasta que, dotado de un entendimiento vigoroso y de una voluntad resuelta y decidida, se encuentre en condiciones favorables para abordar de frente todos los problemas y bordear sin vértigo todos los abismos de la vida.

Yo no he de perder el tiempo en demostraros la ineficiencia y el fracaso de la enseñanza oficial: por los frutos se conoce el árbol y no teneis más que tender la vista a vuestro alrededor y medir la talla de los hombres, que la escuela y la Universidad producen, sin olvidar que la mayor parte de lo que son y de lo que valen lo han adquirido con su esfuerzo personal a pesar de la escuela y a pesar de la Universidad.

O mejor aún; concentrad el pensamiento en el interior de vuestra conciencia, repasad

vuestra historia, buscad el origen de los conocimientos o de las aptitudes, que mayor utilidad os proporcionan en el ejercicio de la profesión y en los diversos menesteres de la vida y apenas encontrareis algún residuo de lo que aprendisteis, al pasar por la escuela o por la Universidad, sin contar con que muchos de vosotros ejerceréis profesiones totalmente extrañas a las que intentasteis aprender en los centros oficiales de enseñanza.

Esta esterilidad de la enseñanza oficial podía adivinarse fácilmente desde un principio por su organización monstruosamente centralista, que hace de ella una descomunal máquina, cuyas piezas deben funcionar en todos los pueblos y aldeas de España sin más impulso que el que pueda recibir del Ministerio de la calle de Atocha, porque la cabeza del Ministro es el único motor, que puede ponerla en movimiento.

Es igualmente absurda por su carácter uniformista y abstracto; los mismos procedimientos, los mismos métodos, las mismas enseñanzas, las mismas doctrinas en las ciudades que en los pueblos, en las poblaciones rurales que en los centros industriales, en las comarcas ribereñas o marítimas que en los países montañosos.

No debo insistir más en este asunto, que en otras ocasiones he tratado extensa y detalladamente, porque no hemos venido aquí a perder el tiempo y éste se pierde, cuando se habla a convencidos. Vuestra presencia en este sitio, los actos, que estos días se celebran en Pamplona y la existencia misma de *La Junta de Cultura Vasca* y de *La Sociedad de Estudios Vascos* demuestran cumplidamente que no creéis en la virtualidad y eficacia de esa enseñanza y necesitáis nuevos organismos e instituciones, que respondan a las esperanzas y a las necesidades de vuestro pueblo.

La enseñanza necesita en España una reforma, que la vuelva del revés. Es un inmenso cetáceo, que pesa como losa de plomo sobre todas las conciencias de los españoles y tiene un vientre enorme; carece de corazón y es tan pequeña la cabeza que parece acéfalo. Una sola boca, un solo estómago y un solo vientre sin corazón ni aparato circulatorio, no pueden alimentar monstruo tan deforme.

Hay que aplastarlo y convertir la enseñanza en una inmensa colmena, cuyas abejas puedan libar las esencias de las flores en las riberas y en los prados más cercanos o en un hormiguero nacional, cuyas hormigas vayan a buscar el dorado fruto, con que han de llenar sus paneras a las eras o a los trigales más próximos.

Yo os ruego con todo el encarecimiento que me inspiran el cariño y la admiración que siento hacia esta raza vasca por espontáneo impulso y por agradecimiento y con la autoridad que me dan las dolorosas experiencias, propias y ajenas, de lo que el escalafón es, de lo que el escalafón significa y de los terribles efectos, que produce en aquellos que tienen la desgracia de vivir en una de sus casillas, que prescindáis de él en todas vuestras instituciones docentes. Solo él basta para matar un régimen de enseñanza por muy sabia que sea su organización.

Y no olvidéis que esto sería cierto en España, aunque fuera falso en todas las demás naciones del planeta; asegurada la nómina, el empleado español no trabaja más que lo estrictamente necesario para conservarla; aquí se ha dicho aquello de *trabajo de común, trabajo de ningún*; fuera de que ya sería una equivocación el fundir las instituciones docentes en los mismos moldes, en que se fundan las oficinas públicas. El catedrático es un funcionario del Estado, han dicho mil veces los políticos; y no saben que esas palabras son la esquela mortuoria de todo el profesorado, resellado con ese estigma.

El funcionario de categoría superior, si es competente, puede medir al milímetro y apreciar por quilates la labor realizada por sus subordinados; tiene además en sus manos, si es íntegro, la sanción necesaria para corregir abusos y negligencias.

¿Dónde están el metro y el crisol, que han de medir y apreciar la labor del maestro? En estas disciplinas del espíritu las fuentes de la vida y los estímulos del deber no proceden de las leyes penales o de los reglamentos; tienen sus manantiales en la roca viva de la

conciencia y esos manantiales brotan al impulso de los ideales y al calor de los sentimientos, que esos ideales despiertan.

Una conciencia sin esperanzas ni pasiones, sin ideales ni perspectivas, sin inquietudes ni sorpresas es una conciencia muerta y eso son o a eso van a parar los que viven encerrados en la cinta estrecha, monótona y enervante de un escalafón.

El proyecto de autonomía universitaria del señor Silió, que tanto pavor infundió en una gran parte del mundo universitario, no era, sin embargo, un proyecto de verdadera autonomía por las limitaciones, que imponía al desarrollo de la libertad, por las facultades que al Estado reservaba y, sobre todo, porque, tal como fué modificado por su sucesor, no rompía ni de momento ni para el porvenir el cordón umbilical, que, en forma de nómina, va y viene desde el estomago del profesor al presupuesto general de la Nación.

Haced las cosas de suerte que se fundan en una sola la vida del maestro y la vida de la escuela donde el maestro enseña y educa; que la escuela no sea algo extraño y molesto para el maestro, que su presente y su porvenir, su ruina y su opulencia, su gloria y su ignominia estén ligados a los de la escuela de tal suerte que, si esta vive con lozanía, sea grande la holgura del maestro, y, si la escuela palidece y muere, el maestro se arruine y sucumba con ella.

Esta comunidad de vida, de intereses y de peligros fue la piedra angular sobre la cual levantaron su gloria y su grandeza las antiguas Universidades españolas, y, mientras esa armonía continúe rota, no volverá a brillar sobre sus frentes la llama del genio, que las convirtió en maestras de la humanidad.

La escuela, cualquiera que sea su jerarquía o grado, debe ser el foco de luz que ilumine el cuadro de la vida, cuyo marco natural es el ambiente que la rodea, y esa luz debe tomar sus matices, tonalidades e irisaciones de la densidad o diafanidad de la atmósfera, que la envuelve, y esa escuela debe nutrirse con la savia que corre por las entrañas de la tierra, que la sustenta, y debe ajustar sus modelos ideales a las formas corpóreas y espirituales de los hijos de la tierra y hundiendo en esta sus cimientos, e identificada y fundida por el fuego del amor con el espíritu de los hombres, debe emprender la ascensión penosa del progreso y de la perfección humana, bien convencida de que escalará más altas cumbres y extenderá sus beneficios a mayor distancia, cuanto más amplia sea la base de sus cimientos.

El maestro, que no conoce los alrededores de la escuela y no ama los paisajes que la envuelven y no ha tratado y se ha identificado con el espíritu de los hombres que allí viven, es un ciego, que pretende guiar a los demás, aunque salga recién moldeado de las mismísimas oficinas de Minerva.

Un sabio va al extranjero a dar cuenta de sus descubrimientos o métodos personales. Mientras ocupa la cátedra, es la admiración de sus oyentes; en cuanto baja de su tribuna, mira azorado a todas partes y tiene que convertirse en discípulo de todos los que le rodean.

La parte más difícil de nuestra empresa es la formación del maestro. Quien quemara las normales españolas, prestaría un gran servicio a la Nación, porque son el matadero de todos los maestros, que sucumben en ellas, víctimas de una indigestión de enciclopedias abstractas.

Procurad que vuestros maestros no tengan necesidad de preparar sus lecciones con el pecho arqueado sobre las páginas de un libro; que, al pasear con sus discípulos por las cercanías de la escuela, puedan coger una flor y con ella en la mano mostrar a los niños todos los encantos de su belleza y todas las maravillas de su arquitectura; que, al observar un corte de terreno, puedan exponer la sucesión y los caracteres de las capas geológicas que la naturaleza ha ido depositando unas sobre otras a través de las edades; que, al ver correr las aguas por el cauce de un barranco o por el lecho de un río, sepan explicar todas las formas que van adoptando en las trayectorias caprichosas, que describen con sus eternos movimientos. Esas lecciones serán fecundas, serán inolvidables, sugestionarán fácil-

mente el espíritu de los niños y les librarán del horror al libro, que suele dominar a todos los españoles, desde el momento en que echamos sobre nuestros hombros la cartera con los 20 libros que nos imponen, apenas hemos empezado a deletrear el alfabeto.

Y eso lo conseguireis, incorporando a vuestra Universidad los estudios del magisterio y educando allí a los maestros sobre la base de una sólida cultura, amplia y viva, en la cual encuentren una clave, con la que puedan interpretar los misterios de la vida y los arcanos de la naturaleza y una simpatía hacia las personas y las cosas, que haga efusiva y comunicativa la sabiduría adquirida.

Al organizar vuestra Universidad, debeis atender con especialísima solicitud a la formación y educación de vuestros maestros, que serán el más vigoroso propulsor de vuestro progreso, si habeis acertado a prepararlos convenientemente.

No os fieis mucho de los apasionados ditirambos, que se entonan en honor de la escuela actual. Su bondad es muy relativa y únicamente verdadera con relación a lo que fué la escuela anterior. Vive todavía en un período de transición y es posible que sean desacertadas algunas de sus aspiraciones.

Torpe y ruinmente resuelto, pero resuelto, el problema del escalafón del magisterio, las aspiraciones de la actual pedagogía española casi parecen limitarse a la mejora de los locales y al aumento del material escolar.

Cierto que la herramienta es necesaria para el trabajo y que son sagradas la salud y la vida de los niños, pero no conviene olvidar que el maestro es el alma de la escuela y que un magnífico edificio escolar, espléndidamente dotado y decorado, será un bello sepulcro, si el espíritu del maestro no sabe infundirle un soplo de vida con los destellos de su entendimiento y con los efluvios de su corazón.

Y el maestro no será bueno ni será completo, mientras no esté profundamente convencido de que entre el hogar y la escuela debe reinar la más íntima armonía, de que la segunda es una proyección, un complemento y una prolongación del primero y de que a ella debe incorporarse por todos los medios posibles la labor educadora de los mismos padres.

La semilla de la escuela será más duradera y fecunda, cuanto mayor sea el interés de los padres por ella, cuanto más perfecta sea la coincidencia de los deseos y de las aspiraciones y cuanto más persuadidos estén los padres de las excelencias y bendiciones de una buena educación.

En todas partes, pero especialmente en las escuelas rurales la misión del maestro no debe limitarse a la enseñanza y a la educación de la juventud: debe poner además especialísimo cuidado en ofrecerse como amigo y en servir de ejemplo a los adultos para mejorar la educación de los padres al mismo tiempo que la de los hijos. Podrían decirse cosas muy interesantes sobre este género de relaciones, harto descuidadas por la pedagogía en España pero no lo consiente la premura del tiempo.

Ofendería vuestra ilustración y probaría desconocer vuestra solicitud y vuestros esfuerzos en favor de la enseñanza, si intentara demostrar el derecho soberano de la familia a escoger y determinar la enseñanza y la educación, que deben recibir sus miembros. Los césares romanos no soñaron nunca en abrogarse el derecho de extender al recinto de la escuela la tiranía sobre la conciencia de los niños; este triste privilegio estaba reservado a los cobardes políticos de estos tiempos, que no han tenido fé en los ideales, que profesaban.

La enseñanza no es un atributo de la soberanía política, sino una función social a cargo de los padres de familia y, con carácter tutelar y complementario, a cargo del municipio, como complemento y tutor de la familia; a cargo de la región, cuando, como entre vosotros, tiene una personalidad tan saliente y vigorosa y, en último término, a cargo del Estado, para suplir las deficiencias o ampliar la acción de los organismos inferiores, a quienes incumbe primaria y fundamentalmente.

La libertad de enseñanza se impone, se ha impuesto ya doctrinalmente en España y

fuera de España y, entre vosotros, adquiere la certeza y la categoría de un dogma. No hace falta demostrarla, sino conquistarla. Esta conquista, de grado o por fuerza, es un postulado de la cultura única de la raza vasca. Sin ella brillará el oro en el fondo de vuestras arcas, podreis sobornar con él a los políticos para que colaboren en vuestras empresas financieras, inundareis a España con una ola de riqueza, podréis bañaros en vino de champagne, tendréis una juventud de intrépidos cazadores y de atletas, dignos de ser coronados en los juegos olímpicos, pero el genio de vuestra raza seguirá, como Prometeo, encadenado a la roca y envuelto en un manto de niebla; no podrá levantar su vuelo ni despedirá más reflejos que los de las joyas, que engalanan el cuerpo de vuestras matronas y este noble país, que acaso pudiera convertirse en una nueva Atenas, que alumbrará las rutas ideales de la nueva España, no pasará de ser una Beocia cubierta de oro y púrpura, que, después de haber conquistado en cien batallas la libertad de su cuerpo, no han sabido conquistar la libertad de su espíritu.

Los poderes centrales no os concederán esta libertad; mentirán cuantas veces os la prometan; creen, y tal vez creen bien, que esa concesión extendida a todas las regiones de España sería su muerte. La iniciativa generosa del señor Silió era apenas una ténue sombra de esta libertad y la han enterrado bajo las montañas de papel del *Diario de Sesiones* y uno de los más graves peligros, que en esa iniciativa ha visto nuestra Beocia parlamentaria, ha sido la posibilidad de que aquí, en este país vasco, surgiera a su sombra la escuela que necesitáis.

Algunos de esos políticos quizá puedan servir, como lacayos, en vuestros Consejos de Administración, pero bajo la casaca de lacayo se erguirá el tirano tan pronto como le habléis de esa libertad.

No la obtendréis, si no se la arrancáis a la fuerza y sin ella pueden disolverse, cuando quieran *La Junta de Cultura Vasca* y *La Sociedad de Estudios Vascos*, porque no harán nada duradero y definitivo.

¿Manera de conquistarla? Muy sencilla. Nos gobierna la musa del miedo, dócil a todas las exigencias de la amenaza y de la fuerza. Emplead la fuerza y la amenaza; no la del motín y la del desorden callejero, sino la de vuestros representantes parlamentarios.

Si son vascos antes que políticos, agrúpanse en apretada falange macedónica y hagan obstrucción a todos los proyectos del Gobierno, hasta que os conceda la libertad de aprender y la libertad de enseñar; con la opinión resuelta de todo el pueblo vasco a sus espaldas y el auxilio extraño, que seguramente recibirían, ningún Gobierno podría desatenderles.

Si son políticos antes que vascos, esperad las primeras elecciones, negadles vuestros votos y nombrad diputados, que antepongan el culto a la raza a todos los personalismos del partidismo político. El éxito coronará sus esfuerzos, si saben cumplir con su deber.

Entre tanto, continuad la labor iniciada principalmente cerca de las escuelas por la sección de Instrucción pública de *La Junta de Cultura Vasca* y procurad por todos los medios que los maestros de las comarcas euscaldunas sepan o aprendan el vasco y ellos los otros, los de las comarcas erdaldunas, donde no se habla vasco, sientan un poco de cariño por el país que sirven y comprendan que sus deberes van un poco más allá de lo preceptuado en los Estatutos del Magisterio.

Respecto a los estudios superiores, que debeis agrupar orgánica y armónicamente alrededor de vuestra Universidad, teneis dos caminos a seguir: el de la acción parlamentaria, de que os hablaba, y el más expedito de implantar hoy mejor que mañana la Universidad vasca.

El Gobierno no reconocerá la validez académica de sus estudios; no importa; si la Universidad no hubiera de aspirar más que a eso, apenas valdría la pena hablar de ella. Fundadla y cread una sección libre de estudios facultativos y profesionales, aunque, al principio, hayan de ir los alumnos a buscar la validez en una Universidad oficial. Con

la cooperación de todos vosotros pasarían muy pocos cursos, sin que se reconociera ese derecho.

La dificultad económica, que en otras regiones, la mía por ejemplo, sería casi insuperable, no puede serlo en la vuestra. La Universidad de Madrid es una fuente de ingresos para el Estado; la más cara de provincias no le cuesta más de 200 a 250.000 pesetas anuales.

Bastaría un rasgo generoso de media docena de capitalistas vascos, para crear un patrimonio universitario, que excediera en esplendor y robustez de vida económica a todas las Universidades españolas reunidas, sin necesidad de gravar en lo más mínimo el presupuesto de vuestras corporaciones locales, provinciales o regionales. De esta suerte la generosidad de los unos y la pujanza y el brío de los otros levantarían los talleres de la sabiduría, donde el genio de la raza desarrollaría sus energías espirituales, como vuestros obreros desarrollan las energías de sus músculos en las fraguas y herrerías de vuestras fundiciones.

Nadie sabe, pero yo creo y todo induce a sospechar que en el corazón de esta raza hay latentes energías tan poderosas, que, libres y desatadas, pudieran encender la antorcha de una civilización y de una cultura, que iluminara las oscuras sendas del incierto porvenir de España.

